

El verdugo, con paso firme, se acercó á la cesta, y sacando por los cabellos blancos la cabeza manchada de sangre, se la mostró al pueblo, y éste palmoteó.

Pero en aquel momento el verdugo vaciló, sus dedos se aflojaron y soltaron la cabeza, que rodó desde el cadalso al suelo, y Sanson cayó muerto sobre la plataforma.

—¡Un médico, un médico! gritaron los ayudantes.

—Ya voy, contestó Jacobo Merey deslizándose de su balcon á la calle.

No solo la tropa, sino tambien la multitud, le abrió paso viéndole atravesar rápidamente, subir de dos en dos la escalera del patíbulo, y exclamar:

—Quitadle ropa.

Al llegar se arrodilló delante del verdugo, le apoyó la cabeza sobre su rodilla, y rasgando la manga de la camisa, le picó rápidamente una vena con su lanceta.

Pero á pesar de que no habrían pasado diez minutos entre la caída del ejecutor y la llegada del doctor, no salió sangre.

El verdugo había muerto al lado de la víctima, fiel á su deber, como aquella fiel á su rey.

II.

La señora de Jorge Danton y la señora de Camilo Desmoulins.

Nuestros lectores recordarán que, apenas Jacobo Merey sacudió el polvo del viaje, se dispuso á ir en casa de sus dos amigos Danton y Desmoulins; pero que al acercarse á la ventana, la guillotina, el verdugo y la ejecucion habian sido causa de que no se llevara á efecto su pensamiento.

Aquella noche la pasó Jacobo bastante agitada, viendo en sueños la ensangrentada cabeza de Laporte pendiente de la mano del verdugo por sus cabellos blancos, y despues, perseguido aun por la pesadilla, sudoroso y conmovido, buscó con temblorosa mano la lanceta que debia devolver la vida al infeliz ejecutor.

A la mañana siguiente se levantó cansado é impresionado por los acontecimientos de la víspera, y tal vez los hubiera creido un sueño si no viera enfrente de sus ventanas el palacio de Tullerías acribillado por las balas populares y manchado con la matanza de los suizos.

Además, la guillotina se elevaba imponente, y alrededor de ella los curiosos referian los detalles de la ejecucion y los comentaban con la mayor sangre fria.

A las nueve de la mañana le anunciaron que un caballero vestido á la antigua usanza deseaba hablarle.

El doctor insistió porque dijera su nombre, pero rehusó diciendo que era el hijo de aquel á quien Merey habia procurado la víspera devolver la vida.

Jacobo comprendió que seria el hijo de Sanson, al que la muerte de su padre habia heredero del título de *señor de Paris*.

Efectivamente, no se equivocó.

—Caballero, le dijo Sanson, conozco que, aun cuando sea para daros las gracias, no debia presentarme en vuestra casa, pero mi ayudante Legros me ha dicho con cuánto interés prodigásteis vuestros cuidados á mi padre. Por lo mismo que hay una barrera entre nosotros y los extraños, es más grande el cariño hácia la familia, y yo adoraba al autor de mis dias.

Al decir estas palabras, algunas silenciosas lágrimas se deslizaron por las mejillas de aquel hombre, y añadió:

—Pero dispensadme; he preferido ser inoportuno y poder decir: «Caballero, jamás olvidaré vuestra abnegacion por la humanidad, y hubiera sido un ingrato é indiferente á mi padre si así no os lo manifestara; si en algo puedo seros útil, disponed de mí, porque mi vida es vuestra.»

—Caballero, dijo Jacobo; tengo el mayor gusto en veros; ayer brindé con vuestro padre por la abolicion de la pena de muerte; le hice la oferta de subir, en primer lugar, para que se guareciera de la lluvia, y además para hacerle una pregunta interesante que despues olvidé.

—Decid, caballero, replicó Sanson; y si yo puedo satisfaceros lo haré con verdadero placer.

—Hubiera deseado preguntar á vuestro padre cuál era su opinion sobre la persistencia de la vida en los decapitados, y ahora os hago á vos la misma pregunta.

—Difícil me seria contestar, dijo Sanson; pues nosotros solo soltamos el hacheta, pero nuestros ayudantes estarán perfectamente enterados. Si gustais, llamaré al que está encargado de los detalles postreros, y él os dará las noticias necesarias.

El doctor hizo una seña afirmativa, y Sanson se acercó á la ventana y llamó á un jóven robusto, colorado y de buen humor que estaba almorzando un pedazo de pan con salchicha, sentado en la báscula de la guillotina.

El muchacho levantó la cabeza, y cuando vió quién le llamaba saltó de la plataforma y subió al primer piso de la fonda de Nantes, en donde le aguardaban Jacobo Merey y el hijo de Sanson.

—Legros, dijo el ejecutor, ¿conoces á este caballero?

—Ya lo creo que le conozco; fué quien saltó ayer por esa ventana y acudió al socorro de tu padre, lo mismo que yo he saltado de la plataforma y he acudido para saber lo que deseas.

—¿Gustais dirigir á este muchacho la pregunta que deseais?

—Ciudadano Legros, dijo Jacobo Merey con la fórmula usada en aquella época; quisiera me dijeras si crees en la duracion de la vida en los decapitados.

Legros le miró fijamente como si no hubiera comprendido.

—¿La continuacion de la vida?

—Sí, deseo saber si despues de separada la cabeza del tronco sufre aun.

—Calla, ¡qué casualidad! esa misma pregunta me ha hecho el ciudadano Marat. ¿Conoces á Marat?

—De nombre; hace diez años salí de Paris y he vuelto ayer.

—¡Ah! el ciudadano Marat es de los republicanos puros, y si hubiera diez como él, se llevaria á cabo en tres meses la revolucion.

—Ya lo creo, contestó Sanson; ayer pedia 293.000 cabezas.

—¿Y qué le has contestado al ciudadano Marat cuando te ha hecho la misma pregunta que yo?

—Le he contestado que, con respecto al cuerpo, no puedo decir si conserva vida, pero que la cabeza sí.

—¿Crees que despues de separada del cuerpo padece y siente?

—Vaya, ¿crees que los aristócratas mueren porque se les guillotina? Pues hoy se ha concluido con tres, y la cesta era nueva; estoy seguro que mañana encontraré destrozado el fondo con sus dientes.

—Tal vez pueda ser efecto de una contraccion nerviosa, dijo el doctor como hablándose á sí mismo, pero estremeciéndose al oír las palabras de Legros.

—Caballero, añadió dirigiéndose á Sanson; hay un modo más seguro para averiguarlo, y si os repugna emplearlo, este muchacho lo hará, porque me parece que su sensibilidad no se alarmará. Despues de cortar una cabeza la suspenderá por los cabellos y le gri-

tará al oído su nombre, y los ojos del decapitado manifestarán si lo ha oído.

—¡Oh! No hay cosa más fácil, contestó Legros.

—Yo mismo haré la prueba, replicó Sanson, tanto para complaceros, cuanto para manifestaros mi gratitud y esta noche os enviaré dos renglones á la fonda.

Tal vez se hubiera prolongado la conversación, pero un cañonazo les recordó que empezaba el aniversario de las víctimas del 27 de Agosto.

El que organizaba aquella solemnidad era uno de los del consejo, llamado Sergent.

Era un verdadero artista, es decir, su oficio era grabador y dibujante, pero para fiestas revolucionarias no había otro; su exagerado patriotismo era el inagotable manantial en donde buscaba la inspiración sombría, lúgubre, espléndida y en relación con las fiestas que se celebraban.

El fué quien, al recibir las desastrosas noticias del ejército, proclamó el 22 de Julio de 1792 *la patria en peligro*.

El también quien organizaba un mes después de aquella proclamación la fiestas de los muertos.

En el centro del estanque grande de las Tuilerías se levantaba, cubierta con sarga negra, una pirámide gigantesca.

En ella, con letras rojas, se habían puesto las inscripciones que recordaban las matanzas de Nancy, de Nimes, de Montauban y del campo de Marte, atribuidas á los realistas.

Como para guardar simetría, se había dejado puesta la guillotina.

Para aquel día se habían acordado tres ejecuciones, porque formaban parte del programa.

A las once de la mañana salieron de la casa del Ayuntamiento las viudas y los huérfanos del 10 de Agosto, entre una nube de incienso y perfumes, con trajes blancos y cinturón negro, y llevando en una arca parecida á la de la Alianza la célebre petición del 17 de Julio 1791, en la cual prematuramente se pedía la república, y que aparecía de nuevo como lo que ha de ser y como las cosas que deben cumplirse porque están decretadas.

De vez en cuando se adelantaba sola una mujer vestida de negro y con una bandera negra, en la que se leían estas tres palabras: *Muerte por muerte*.

Después de esta amenazadora y lúgubre procesion se adelantaba, ó más bien rodaba, una estatua colosal de la ley como si acudiera á su llamamiento, sentada en un sillón y empuñando la cuchilla, signo de su soberanía.

Detrás iba el terrible tribunal revolucionario, instituido el 17 de Agosto, y el proveedor de la guillotina.

Entre los miembros del tribunal se veía á los del Ayuntamiento conduciendo á la estatua de la libertad.

Ultimamente, los jueces y tribunales encargados de vengar y defender aquella libertad, aun en la infancia.

Las dos estatuas se detuvieron delante de la guillotina, vieron caer la cabeza de un sentenciado y continuaron su camino.

Es difícilísimo describir la impresión que causaba al pasar por una población melancólica y triste, ó ebria de venganza, aquella comitiva, acompañada por los cantos de María José Chénier y por la música de Gossec.

Jacobo Merey la vió desfilarse, y después, despertándose ante el dolor público su dolor privado, sonrió tristemente y se encaminó en casa de Danton.

Danton y Camilo Desmoulins, los dos amigos que ni la muerte pudo separar, vivían próximos. El primero ocupaba en el Pasaje del Comercio el primer piso de una casa pequeña, triste y sombría, que formaba, y tal vez forma todavía, el arco entre el Pasaje y la calle de la Escuela de Medicina.

Camilo Desmoulins habitaba el piso segundo de una casa de la calle de la Comedia Antigua.

Jacobo Merey fué primero á ver á Danton.

El diputado había salido; pero estaba su esposa, y el rostro de Jacobo Merey le era completamente desconocido; pero apenas dijo su nombre, cuando la señora de Danton le hizo sentar tratándole como á un amigo, porque con frecuencia había oído hablar de él y elogiar su inteligencia.

Hacia tres dias que habian nombrado á Danton ministro de Justicia y tomaba posesion en aquel momento.

Esto lo ignoraba Jacobo.

La esposa del ministro vacilaba y temia dejar su modesta casa por el palacio del ministerio. «No quiero habitar esa morada—le decia á su marido—porque temo sea para nuestra desgracia.»

Como debemos ocuparnos largo tiempo de los nuevos personajes de nuestra obra, los describiremos á medida que se presenten á nuestros lectores.

Danton, á quien encontraremos perseguido como Orfeo por las vacantes, era de Arcis-Sur-Aube.

Abogado sin pleitos y pobre, se casó con la hija de un cafetero del Puente Nuevo.

En aquella union fué la mujer la que llevó por dote la confianza en el porvenir, porque, no solo soñó, sino que adivinó en su marido al atleta revolucionario, al poderoso combatiente del trono, al que debia derribarlo.

¿Seria por esto por lo que Danton la adoraba? ¿Seria porque su belleza era noble y severa, como la de la antigua Niabe? No; la amaba porque fué la primera que creyó en él.

En Oriente dicen: «la mujer es la fortuna.»

A su primera esposa debió Danton la suya; y más adelante presentaremos otro ejemplo de suerte basado en la mujer.

Napoleon, mientras fué esposo de Josefina, era invulnerable.

Durante los primeros años de matrimonio les faltaba con frecuencia á los recién casados hasta lo más preciso, y el dinero escaseaba, viéndose precisados á pedir hospitalidad al cafetero, y si este se veia tambien algo apurado, entonces emigraban á Fontenay-au-Bois, cerca de Vincennes.

Nombrado miembro del Consejo de Paris, era tan violento en sus ideas, que llegaba á la altura de sus colegas los más exagerados.

Gracias á aquella impetuosidad y á las palabras que pronunció en la tribuna, debió el terrible, y puede decirse el mortal favor de ser nombrado ministro de Justicia.

«¿Qué es preciso hacer—habia dicho—para derrotar á los ene-

migos exteriores y derribar á los interiores? Audacia, audacia, y solo audacia.»

Otra mision no ménos espantosa le fué encomendada.

La traicion de Longwy y el temor de la de Verdun habian hecho que votase la Asamblea una leva de 30.000 voluntarios de Paris y sus cercanías, y era Danton quien estaba encargado de aquel saqueo en las familias, y su esposa esperaba á cada momento verlo entrar perseguido por las madres y los huérfanos, á los que habia arrebatado los hijos ó los padres.

La víspera habia hecho publicar el decreto de alistamientos voluntarios, y en todas las plazas y encrucijadas se colocaban tableros para que los magistrados recogiesen las firmas de los que supieran escribir, ó el consentimiento de aquellos que no supieran, y cada alistamiento se anunciara con un redoble de tambor.

Al dia siguiente Danton pensaba pedir á la Asamblea otra cosa tambien siniestra y terrible, sobre todo conociendo el carácter francés: las visitas domiciliarias.

Danton tenia madre, la cual vivia en la misma casa y cuidaba los dos nietos á la par que la esposa del ministro; el uno habia nacido cuando la toma de la Bastilla, el otro en la época de la muerte de Mirabeau.

Aquella esposa interesó á Jacobo Merey extraordinariamente porque veia en ella síntomas de muerte próxima; sus ojos estaban ojerosos, efecto del insomnio y las lágrimas; sus mejillas abrasadas por la calentura, y el resto del semblante pálido por los sustos y temores incesantes. Habia criado á sus hijos y todo le hacia adivinar al médico que era una víctima marcada con el sello de la muerte.

Aquel interés del corazon, aquella dulzura de Jacobo, que se revelaba en su voz, habia cautivado á la infeliz y la habia hecho ser expansiva.

Le refirió cuántas veces le habia detenido en sus arrebatos de cólera, que hacian estremecer de terror á la Asamblea; le habló del rey, á quien amaba y al que no creia culpable; de la piadosa madame Isabel, á quien admiraba, y de la reina, á la cual disculpaba; le dijo tambien que al derribar el trono el 10 de Agosto la habia jurado

Danton que desde aquel momento le era sagrado y que trataria de salvarle la vida.

Jacobo Merrey, conociendo que seria imposible que el ministro cumpliera las promesas del esposo, escuchaba aquel relato con profunda tristeza, porque comprendia que cada una de aquellas sacudidas harian caminar más rápidamente hácia la muerte á aquella pobre mujer, cuyos dias estaban contados.

Ofreció encontrar á Danton, lo que no era difícil, pues cada paso que daba lo dejaba impreso, y en donde hablaba dejaba el eco de su poderosa voz.

Si lo encontraba lo acompañaria á su casa, y allí trataria con su dulzura y calma de dulcificar y tranquilizar á Danton.

¡Pobre esposa! no podia adivinar el fuego que ardía en el corazón de Merrey, que ella creía tan tranquilo, ni sabia las palabras de venganza que aquella boca tan dulce y consoladora habia pronunciado.

Jacobo Merrey, desde el pasaje del Comercio se dirigió á la calle de la Comedia Antigua.

Subió al segundo piso, llamó, y preguntó por Camilo Desmoulins.

Habia salido tambien. En aquellos terribles momentos no se ocupaban de la vida doméstica los hombres revolucionarios.

Las mujeres guardaban la casa como las antiguas romanas; los hombres obraban, las mujeres lloraban.

La que abrió la puerta á Jacobo salia enjugándose los ojos, y no estaba, como la esposa de Danton, señalada por la muerte.

Era joven y estaba rebosando vida; tenia los labios sonrosados, las mejillas frescas, la mirada animada, pero sin embargo, las noches sin sueño y las lágrimas habian dejado su huella impresa.

Pero hay una edad en que el llanto se parece á las gotas de rocío, que embellece á las flores, y una salud tan privilegiada en que el sueño presta á la mirada mayor brillo.

—¡Ah! caballero, exclamó; me habia parecido la manera de llamar de Camilo, y sin embargo, me olvidaba de que tiene una llave para poder entrar de noche ó de dia; pero cuando se espera

con ansiedad se olvida todo. ¿Venís de parte suya, caballero?

—No, señora, contestó Jacobo Merrey; ayer llegué á Paris, en donde no tengo más que dos amigos, Jorge Danton y vuestro Camilo, porque sin duda estoy hablando con su amada Lucila; por lo que decís veo que no está en casa.

—No, señor; salió con Danton, y me dijo volveria antes de las doce, y son las dos. Pero pasad, caballero; decís que sois su amigo, pasad. ¡Ah! estamos en circunstancias en las que tendrá necesidad de todos los que le amen. Decidme vuestro nombre, bien sea para saber con quién tengo el gusto de hablar, bien para poder decirle quién ha venido.

Jacobo se nombró.

—¡Cómo, sois vos! exclamó Lucila; cuántas veces le he oido pronunciar vuestro nombre. Dice que sois un sábio, y que si lo deseárais, podríais hacer gran papel en nuestra santa revolucion. Más de veinte veces ha dicho en los momentos de peligro:

—¡Ah! si Jacobo estuviera aquí, podria darnos un buen consejo; entrad, caballero, entrad, añadió Lucila con afectuosa expresion y con juvenil familiaridad.

Y tirando de Merrey por las solapas del frac, le hizo entrar en la antesala, y cerrando la puerta le condujo hasta una sala pequeña, tomó asiento en un camapé y le invitó á sentarse.

—Precisamente en la célebre noche del 10 de Agosto, recuerdo que preguntó Camilo á Danton que en dónde os encontrábais, y que le contestó: en una ciudad de provincia, en Argenton; ¿no es cierto?

—Sí, señora.

—Preciso será escribirle, añadió; es preciso.

—¿Y qué contestó Danton?

—Se encogió de hombros, diciendo: «Es feliz allí; no turbemos su felicidad;» y como era en la mesa en donde tenia lugar esta conversacion, Danton llenó su copa y la chocó con la de Camilo, diciéndole algunas palabras en latin que no comprendí, pero que conservo en la memoria, y de las cuales no me he atrevido á preguntar á Camilo lo que en francés significaban.

—¿Las recordareis para repetírmelas sin equivocaros? dijo Jacobo Merey.

—¡Oh! ciertamente; «*Edamus et bibamus cras enim moriemur.*»

—Hoy que ha pasado el peligro, no hay inconveniente en que os traduzca esas palabras, señora: «Bebamos y comamos, le decía Danton á vuestro esposo, porque mañana moriremos.»

—¡Ah! si lo hubiera entendido, me muero del susto.

Jacobo se sonrió.

—Os conocía de nombre, y al ver vuestro rostro encantador é irritado, tempestuoso y original, me parecia que érais valiente.

—Lo soy cuando estoy al lado suyo; si muero con él, vereis si sé morir con valor; pero si muero separada de él, no os respondo de nada. ¿No os encontrábais en Paris en la noche y el día 10 de Agosto?

—No, señora, puesto que he tenido el honor de deciros que llegué ayer.

—¡Ah! es verdad; pero os repito que cuando él no está á mi lado soy una loca. Si le hubiérais visto aquella noche, vos, que sois hombre, hubiérais tenido miedo.

En aquel momento se oyó rechinar una llave en la cerradura.

—¡Ah! exclamó; es él, es Camilo.

Y de un salto salió de la sala á la antesala, dejando solo á Jacobo Merey, quien admiraba á la graciosa criatura privilegiada, dispuesta á las lágrimas y á la risa, impresionable é incapaz de ocultar sus impresiones.

Cuando entró fué abrazada con Camilo y besándole.

Jacobo Merey lanzó un profundo suspiro; pensaba en Eva.

Camilo le tendió las manos.

Desmoulins era de poca estatura y no muy hermoso, y al hablar tartamudeaba. ¿Cómo habia podido enamorar á la graciosa y bonita Lucila?

Por los atractivos del corazon, por el encanto de su talento.

Acogió á su amigo con la mayor alegría; hacia diez años que no le veía.

Las preguntas y respuestas se cruzaban, y Lucila, sentada sobre las rodillas de su esposo, miraba á Jacobo con indecible ternura.

Camilo instó á Jacobo para que se quedara á comer con ellos; Lucila unió sus instancias á las de su marido, y viendo que no aceptaba hizo un gesto adorable de desagrado.

Pero Jacobo dijo que habia ofrecido á la esposa de Danton buscar á su marido y acompañarlo á su casa.

Entonces no insistieron más ni uno ni otro, y solo ofrecieron ir aquella noche en casa de Danton para reunirse allí con Jacobo Merey, si este habia encontrado á Jorge.